

Elecciones con el petróleo y la pandemia como protagonistas en Surinam y Guyana

Autor: Felipe Galli

Especial para Diagnóstico Político

Ubicadas en la cima norte del subcontinente sudamericano, ligeramente al noreste, las repúblicas de Surinam y Guyana representan, para Latinoamérica, a ese vecino raro que habla un idioma distinto, no tiene grandes relaciones con los demás vecinos, y se ubican en las pequeñas casas apartadas al otro lado de la cuadra (podríamos decir lo mismo de Brasil, pero su casa es demasiado grande para ignorarla).

Aunque entre ellos hay variadas diferencias, tienen cosas en común. Guyana es el único país de Sudamérica cuyo idioma oficial es el inglés (sacando, claro está, a los ingleses de Malvinas), mientras que Surinam fue una antigua colonia inglesa que luego pasó a ser holandesa. Del mismo modo, ambos países se caracterizan por la gran cantidad de grupos étnicos que los habitan, con orígenes variados, desde aborígenes originarios hasta descendientes tanto de esclavos negros como de comerciantes indios* que llegaron en tiempos en que ambos países eran colonia británica.

En cuanto a la política, los dos países rescataron de sus antiguas potencias sistemas parlamentarios de gobierno, pero adquirieron rápidamente la tradición republicana y más bien presidencialista de la región. Tanto Surinam como Guyana tienen un parlamentarismo alterado, en el que el legislativo elige al presidente como jefe de estado y gobierno, y este puede operar con casi completa independencia siempre que la oposición no reúna los suficientes votos para iniciar una moción de censura (lo que rara vez ocurre). También han adquirido de la región la tendencia a emplear sistemas electorales que aplican principios proporcionales, en contraposición con el sistema uninominal tradicional empleado en otros países angloparlantes, pero en un escenario mayoritario (que alienta a un bipartidismo).

Recientemente, ambos países pasaron de ser los más pobres del continente, con historiales similares de atraso e inestabilidad política, a vislumbrar un mejor futuro luego de que se encontrara petróleo en sus

territorios. Del mismo modo, el descubrimiento del petróleo ha despertado una serie de intereses internacionales (Estados Unidos, Rusia, China, etc.) que antes prácticamente no existían. Fuera de buscar evitar (o instigar débilmente) que ambos países entraran en la esfera enemiga durante la Guerra Fría, las potencias mundiales y regionales no han dado demasiada importancia a dos naciones pobres, despobladas y remotas, sin influencia regional alguna y con un sinfín de problemas internos.

Pero la cosa ha cambiado. El 2 de marzo de este año, Guyana celebró elecciones generales, las primeras desde que se descubriera el petróleo, en las cuales el presidente en ejercicio, David Granger, pelea (porque todavía, casi tres meses del hecho, lo hace) por su reelección en medio de denuncias de irregularidades. Dos meses después, el país todavía no tiene presidente electo luego de que se produjeran impugnaciones que empujaron al país a un estado de total parálisis, que se vio agravado por el estallido y la llegada al continente de la pandemia del Covid-19.

Surinam, en cambio, muestra un escenario diferente. El 25 de mayo realizó elecciones en las que el partido del presidente en ejercicio, Dési Bouterse, resultó contundentemente derrotado. Mientras que el hecho de realizar una votación en plena pandemia hizo temer por una posible baja participación, finalmente la concurrencia a votar fue elevada y rondó el 71,2%, casi la misma participación que en las elecciones pasadas. En un par de semanas se comprobará si hubo consecuencias notables en el número de infectados.

Procederemos ahora a analizar brevemente las circunstancias políticas de estos dos países, y las posibles situaciones que puedan producirse a nivel nacional y regional después de dos elecciones que tienen al petróleo y la pandemia como eje.

Guyana: Parálisis total

Desde incluso antes de su independencia en 1966, la vida política en Guyana ha estado signada por una grieta casi irrompible entre los dos grupos étnicos mayoritarios: los afroguyaneses (descendientes de esclavos negros) y los indoguyaneses (descendientes de indios), con los mestizos o aborígenes en el medio. Este conflicto se ve materializado tanto en los dos principales partidos: el Congreso Nacional del Pueblo / Reforma (PNC/R), y el Partido Progresista del Pueblo / Cívico (PPP/C), como en la cultura política en general (violencia recurrente, denuncias de fraude, entre otras cosas). El PPP/C fue el primer partido político del país, representando los intereses de los indoguyaneses, y encabezó el primer gobierno

electo de Guyana, entre 1957 y 1964, para después existir como un largo período de oposición hasta 1992, cuando recuperó el poder, que conservaría hasta bien iniciada la década de 2010.

El PNC/R históricamente ha representado a la clase afrodescendiente del país, y gobernó el país primero con el favor de los Estados Unidos y luego con el de la Unión Soviética entre 1964 y 1992, en el marco de un régimen autoritario y fraudulento. Después de acordar la realización de elecciones libres, se pasó a la oposición por más de dos décadas. Fue el primer partido del país en acceder a una estrategia frentista, fundando la coalición “Asociación para la Unidad Nacional”, con la que ganó las elecciones generales de 2015 por la mínima (apenas unos mil votos y 33 diputados a 32), llevando al actual presidente, Granger, al poder.

Los dos partidos se describen a sí mismos como socialistas o socialdemócratas. Al país no ha ingresado la antinomia izquierda-derecha y la política económica y social suele tener énfasis en la raza del presidente que gobierna y responder a lineamientos pragmáticos, que se relacionan a la situación en la que se encuentren la nación y la región.

Se podía decir que este país, ligeramente más pequeño que la provincia del Chubut, adolece de todas las características negativas que se le achacan al sistema bipartidista: ausencia de opciones reales, polarización extrema de la sociedad, falta de debate y de competencia, entre otras. Ninguna de las elecciones realizadas en su territorio ha escapado a denuncias (ciertas o falsas) de fraude electoral. Ambos partidos, principalmente desde la democratización en 1992, han buscado alejar sus plataformas políticas de la raza, pero sin demasiado éxito.

En diciembre de 2018, Granger fue objeto de una moción de censura en la que un diputado del oficialismo lo traicionó. Constitucionalmente, el presidente debía convocar a nuevas elecciones anticipadas. Sin embargo, la moción desencadenó una batalla judicial que duró más de un año hasta que Granger finalizó con éxito el mandato parlamentario (a pesar de su difícil situación legal) y convocó a elecciones en marzo de 2020, en las que buscaría su segundo y último mandato.

Sin embargo, los comicios no fueron concluyentes y tal y como hace cinco años, la diferencia a favor del presidente era tan pequeña que era imposible determinar el resultado sin que se produjeran denuncias. La oposición denunció el escrutinio como fraudulento y exigió un recuento.

La segunda batalla judicial, que se podría haber resuelto rápidamente, se vio exacerbada por la repentina intervención de los Estados Unidos, que de modo “sorpresivo” recordaron la existencia del país después

de décadas ignorándolo, y emitieron comunicados afirmando estar “muy preocupados” por la situación de la democracia en el país, con un tono de advertencia demasiado marcado que fue visto como excesivo incluso para figuras del propio gobierno estadounidense. Esto desató acusaciones de colusión entre sectores opositores y la potencia del norte.

El estallido de la pandemia de coronavirus en el país, que brevemente llevó a Guyana a ser el país con la mayor tasa de letalidad (un 21% de los casos en abril), no hizo sino agravar la difícil situación. El país lleva ya casi tres meses sin resolver la cuestión electoral, decidiendo realizar un recuento manual muy lento a partir de principios de mayo, que todavía no se termina. No quedará otra opción más que esperara que dicho recuento finalice. Con una pandemia a escala global y ante el interés generado por el descubrimiento de petróleo en su territorio, el caso de Guyana podría acabar en una catástrofe si no se ve resuelto prontamente.

Surinam: Cambio de gobierno

Si Guyana ha mantenido un bipartidismo tóxico y violento, siempre lo ha hecho dentro de ciertas normas que permitían en mayor o menor medida la existencia de una discusión política. Su vecino de la derecha, Suriname, presenta un escenario diferente.

Único estado soberano del continente americano que tiene el neerlandés por lengua oficial, esta diminuta república, que raspa por poco el medio millón de habitantes, enfrentó tras su independencia una serie de golpes de estado militares y gobiernos constitucionales débiles, además de una guerra de guerrillas. Todo esto tuvo como protagonista a un único hombre, su actual presidente Dési Bouterse.

En febrero de 1980, Bouterse tomó el poder mediante una sangrienta sublevación contra el primer presidente posterior a la independencia, Henck Arron. En diciembre de 1982, durante el período de Bouterse como gobernante de facto, ocurrió un suceso que sería conocido como los “Asesinatos de Diciembre”, cuando se ejecutó sumariamente a quince jóvenes que habían criticado a la dictadura (algunas fuentes militares citan que al menos dos murieron a manos del propio Bouterse). Finalmente, en 1987, el dictador debió entregar el poder, aunque volvería a jugar un papel destacado en un golpe posterior en 1990.

Bouterse ha estado, desde que dejó el poder por primera vez, en el centro de la escena judicial y política de Surinam con intervención de los Países Bajos. Ha sido acusado, además de los ya mencionados crímenes de lesa humanidad, de tráfico de drogas y de armas. Fue condenado en 1999 in absentia.

Tras el final de la dictadura, participó en la fundación del Partido Nacional Democrático, que se convirtió rápidamente en una de las principales formaciones del país. En las elecciones de 2010, finalmente, encabezó una coalición electoral con la cual ganó una estrecha mayoría, recuperando el poder como presidente constitucional. Sería reelegido en 2015, logrando 26 de los 51 escaños. Durante su tiempo en el cargo, Bouterse declaró el aniversario del golpe de estado de 1980 un feriado nacional festivo, y otorgó a los conspiradores sobrevivientes condecoraciones importantes. En lo internacional, mantuvo relaciones estrechas con el gobierno venezolano encabezado por Nicolás Maduro, siendo uno de los pocos aliados que actualmente le quedan en la región.

El gobierno de Bouterse programó las elecciones para el 25 de mayo, a pesar de la pandemia del Covid-19, debido a la escasa cantidad de casos que tiene este país pequeño y relativamente aislado. En 2019, se aprobó una ley prohibiendo las alianzas electorales. Dado que en este país el sistema de partidos también está orientado a cuestiones raciales (si bien con menos radicalización que en Guyana) y que el NDP que encabezaba Bouterse era por lejos lo más cercano a un partido nacional consolidado, se esperaba que la fragmentación fuese devastadora para la oposición surinamesa.

Sin embargo, finalmente, esto no ha sido así. La situación económica inestable, lejos de la pandemia y del descubrimiento sorpresivo de petróleo a principios de año, jugó un papel como tercer factor preponderante en la campaña.

El Partido de la Reforma Progresista o VHP, un viejo partido político fundado en enero de 1949 y que actuaba como una formación originalmente ligada a la población de ascendencia india, liderado por el exministro de Justicia Chan Santhoki (que ya había perdido las dos elecciones previas contra el presidente), encabezó una campaña exitosa para nacionalizar sus propuestas y convertirse en una formación multiétnica de fuente convocatoria.

Finalmente, estos éxitos le han permitido imponerse por sí solo en los comicios con poco más del 40% de los sufragios (faltando escasas mesas por escutar) contra el solo 23 o 24% del NDP, que ha sufrido un descalabro casi sin precedentes al recibir solo 16 escaños de 51, con respecto a los 26 obtenidos en 2015. El VHP, aliado a otras formaciones, había logrado solo 9 escaños en 2015 y ahora pasa a tener

una primera minoría de 20 bancas, su mejor resultado en toda su existencia. El resto de los escaños se distribuyó en otros partidos, manteniendo la elección una polarización relativa.

Si bien Santhoki no contaba con los apoyos suficientes para ser investido presidente, al final el día 30 de mayo se logró un amplio acuerdo político entre todos los partidos con excepción del NDP para resultar elegido, siendo Ronnie Brunswijk (perteneciente al Partido de Liberación General y Desarrollo, ubicado en el tercer puesto con 8 escaños) elegido como presidente de la legislatura entrante. Logrando una mayoría de 35 escaños (uno más de los dos tercios requeridos para formar gobierno), la elección parece cerrada en torno a una contundente victoria opositora.

Bajo este esquema, el futuro político y judicial de Bouterse se percibe sombrío, derrotado en las urnas, con una orden de captura internacional y con su probable sucesor (Santhoki) siendo el exministro de Justicia y expolicía que buscó encarcelarlo la mayor parte de su carrera. Supone además la pérdida de un aliado para Nicolás Maduro, sacudido por la caída de Evo Morales en noviembre pasado.

Bouterse desconoció su derrota y ha exigido un recuento de las elecciones, pero parece poco probable que el resultado se vea comprometido, más que nada por la diferencia de votos entre ambas fuerzas.

Habrá que esperar a la jura de los diputados electos y a la elección definitiva del presidente en unos meses para que se pueda hablar más sobre el asunto. Por el momento, el relativo control de la pandemia por el bajo número de casos y la entrada de Surinam al escenario petrolero internacional y la llegada al poder de un gobierno que resulta menos “chocante” para las potencias mundiales interesadas (Bouterse mantuvo relaciones muy frías con los Países Bajos, la antigua potencia colonial) implican una chance de que este pequeño país sudamericano haya comenzado, en medio de la catástrofe mundial, una nueva y positiva etapa.

() Aclaración: El término indio se emplea en el sentido etimológico real de la palabra: “proveniente de la India”, comprendiendo que su significado alternativo para referirse a los pueblos originarios americanos es incorrecto.*

Felipe Galli es estudiante de la Licenciatura en Ciencias Políticas (UBA). Cuenta con diversas publicaciones sobre política internacional e historia electoral.